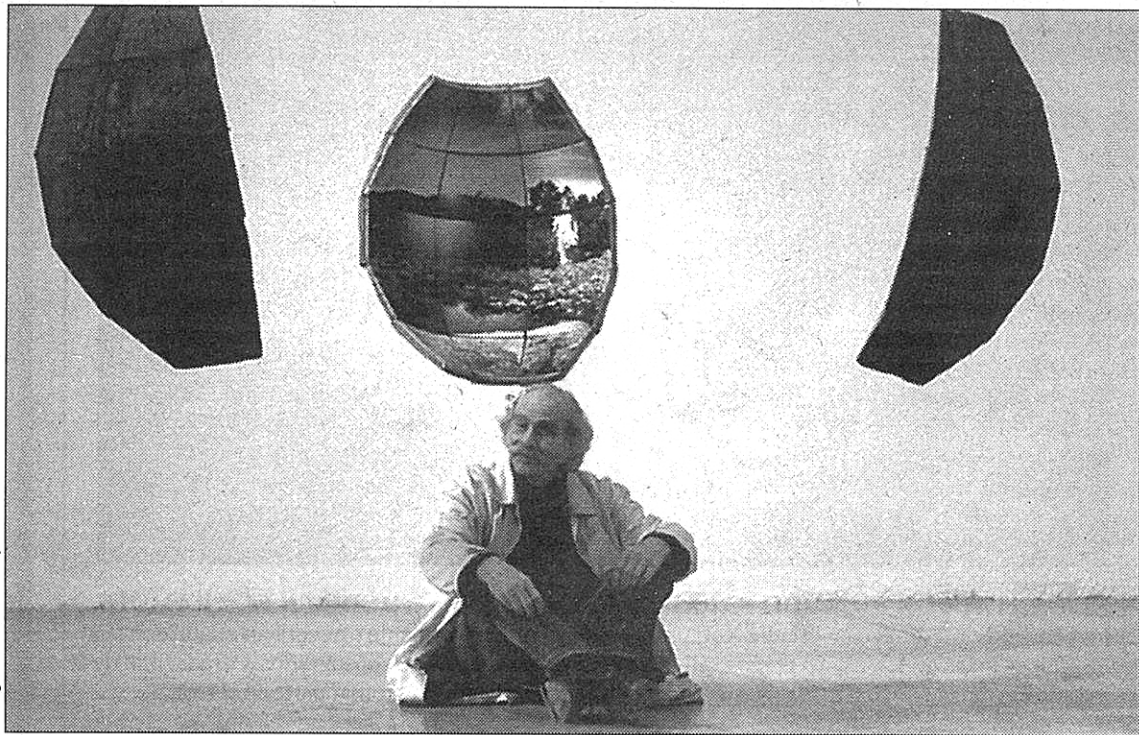


CRÍTICA DE ARTE



El artista austríaco, afincado en España, Adolfo Schlosser sentado debajo de una de sus obras

Nostalgia del ayer

Retrospectiva interesante ofrece esta temporada el Centro Galego de Arte Contemporáneo de Santiago. Está dedicada a uno de los máximos representantes en nuestro país de lo que podríamos denominar la nueva escultura. El artista es Adolfo Schlosser. Afincado en España desde mediados de los años sesenta, ha sido galardonado con el Premio Nacional de Artes Plásticas en 1991.

De origen austríaco, como Eva Lootz, comparte con otros artistas también nacidos en torno a la década de los cuarenta (Susana Solano, Miguel Navarro...), planteamientos similares en torno al 'minimal', aunque alejándose de ellos en cuanto a los elementos que nutren sus exposiciones.

Si la ciudad es el 'leitmotiv' de Miguel Navarro, o materiales como la parafina y el mercurio cubren las acciones de Eva Lootz, Adolfo Schlosser va a jugar, única y exclusivamente, con elementos recogidos ya desde su infancia de la madre naturaleza. Son troncos de árboles cortados, setas, pieles de animales, piedras, paja...

De su experiencia viajera por todo el mundo, sobre todo de los viajes que el artista ha realizado por tierras de Islandia a bordo de un pesquero surcando los mares en busca de sí mismo, como nos ha ocurrido a muchos seres humanos en algún momento de nuestra vida, el autor semeja haber satisfecho su espíritu (como decía Bertran Russell) con el contacto con la naturaleza. Y ha sabido succionar, mezclando lo natural con la imaginación creativa, las posibilidades que ofrece el espacio casi infinito de la tierra en todo su esplendor.

Esos miles de objetos naturales que a lo largo de su vida han ido escurriéndose a través de sus ojos a su libro de estampas interior, no se presentan puros. Se exhiben por las salas del

museo, victoriosos, en la lucha del artista con su oficio. Schlosser emplea materiales muy delicados que tienen a veces propiedades impredecibles pero que, manipulados por el artista, han cobrado una nueva dimensión, un logro maravilloso que fascina al espectador.

Troncos quemados, pulidos, formando grupos escultóricos como es el caso de 'El cielo sobre la tierra', describen un arte pasional, una aventura intemporal basada en el sentimiento producido por objetos muy elementales (como son los troncos de pino), pero que dispuestos en forma concéntrica nos sumergen en una poética emblemática.

Son objetos encontrados en el campo, nimios, pero articulados con un sentido, con una concreción. Hablan por ellos mismos y muestran una dualidad vida-muerte, naturaleza-artista, que admira.

Tienen voz propia y nos hablan de algo oculto, misterioso y provocativo, como 'Fata Morgana', donde la diosa palmera, ayudada por la desnudez del espejo, exhibe no sólo su impresionante silueta sino una riqueza interior tremendamente reivindicativa.

Toda la obra de este artista cuestiona la costumbre, mal extendida, de pensar en una estatua al hablar de escultura. Porque las esculturas de Adolfo Schylosser son elementos insignificantes que hacen revivir el espacio porque han sido dispuestos allí como por juego, en una actividad totalmente lúdica cargada de energía positiva.

'El holandés errante' puja hasta el triunfo desde el tallo de un rosal silvestre para ondear, con todo vigor y simbolismo, las velas de un ágil velero. ¡Qué curioso, que elementos tan simples hayan conseguido convertirse en auténticas obras de arte!

Fátima Otero